

No andaba mejor la situación política; el Estado de Michoacán se encontraba desde mediados de año en espantosa revolución que desconocía á los poderes constituidos y proclamaba un plan francamente conservador y retrógrado: el gobierno se vió obligado á poner en campaña numerosas fuerzas, sin conseguir en modo alguno sofocar aquel formidable alzamiento, apoyado en la guerra de montaña casi imposible para quienes no conocían aquellas abruptas é intrincadas serranías. Aumentáronse las alarmas y el disgusto con la publicación de la ley que reglamentó los principios de Reforma que desde 1873 formaban parte de la Constitución. A virtud de esa ley quedó suprimida la congregación de las Hermanas de la Caridad; éstas se vieron obligadas á abandonar los establecimientos de beneficencia que á su cargo corrían, produciéndose con ese motivo disgustos de muchas especies, como el acontecido en la tarde del domingo 20 de Diciembre al dejar esas piadosas mujeres el Hospital de San Juan de Dios, cuyas asiladas se excedieron en gritos y voces de indignación contra el Gobierno, en son de irritada protesta, y en la confianza de que ello podría influir en que no se llevase adelante una medida, que en lo relativo á las Hermanas de la Caridad, dividió los pareceres y las opiniones aun en el mismo campo liberal.

En tan malos momentos fué cuando llegó á México la insigne trágica Adelaida Ristori; pero de esto hablaremos en el capítulo referente al año de 1875.

CAPITULO XVII

1874.—1875.

Adelaida Ristori había nacido en Cividale, pueblecillo del Friul veneciano, en 1821, y fué hija de oscuros comediantes que la hicieron aparecer en escena cuando apenas contaba *dos meses*, en una comedia de Geraud, llamada *Apuros de un preceptor*. A la edad de cuatro años desempeñaba papeles de niña, y á la de doce los de criada y de ingenua. Dos años más tarde se presentó en *Francesca de Rimini*, de Silvio Pellico, y en su primer beneficio dió la pieza *Los dos fantasmas*, imitada del francés. Teniendo quince años entró en la Compañía Dramática sarda, de que mucho tiempo formó parte, y fué su primera profesora la célebre Carlota Marchionni, quien le dió importantes lecciones. En 1841 Adelaida trabajó con grandísimo bri-

llo en Parma al lado de Robotti, y en Ljorna se hizo notable como dama joven, siendo entonces su género preferido el de la comedia: muy aplaudida en ésta, pronto acometió con grande lucimiento el género dramático y se ensayó en el trágico, bajo la excelente dirección de Carolina Internari. Romancescos amores, seguidos de su matrimonio con el joven Marqués Capránica del Grillo, interrumpieron durante algún tiempo su carrera escénica, y su pasión por el arte estuvo reducida á los teatros de sociedad. Una buena acción la hizo volver al teatro; en cierta noche trabajó á beneficio de un empresario arruinado, obteniendo un triunfo tal, que ante él cedieron las consideraciones de familia; y después de haber dirigido ella misma una Compañía, se contrató en la del eminente Domeniconi. Carolina Internari la hizo entonces estudiar los primeros papeles trágicos, como *Myrrha* y *Fedra*, en los cuales causó el asombro de Roma en 1849, época en que la Ciudad Eterna se vió sitiada y bombardeada: la Ristori, convirtiéndose entonces en Hermana de la Caridad, se consagró al cuidado y curación de heridos en los hospitales.

Vuelta al teatro en 1850, *Myrrha*, *Rosmunda*, *Octavia* y *Antigone* le valieron triunfos sin rival en los teatros de toda la península italiana, no menos que *Francesca di Rimini*, *Pia di Tolomei* y *María Estuardo*. Con estas obras se presentó en París en 1855: jamás actriz extranjera había allí obtenido ovaciones semejantes á las suyas, en competencia con la Rachel, cuyos agravios tenían ofendidos á los franceses: el nombre de la Ristori no se caía de los labios de todos sus admiradores; sus retratos se vendían á millares. Lamartine le dirigió composiciones en verso y el Gobierno le hizo las más brillantes proposiciones para decidirla á ingresar en la Comedia Francesa. No las admitió la Ristori, que por más de cinco años se presentó en el Teatro Italiano en la temporada oportuna, y recorrió los principales Departamentos. La consagración de su talento en París le abrió los teatros de todo el Continente, y pronto su fama se hizo verdaderamente europea. Guillermo I le otorgó en 1862 en Berlín, la gran medalla de Ciencias y Artes, y todos los monarcas y príncipes la recompensaron con altísimos honores, á imitación del Rey prusiano. En 1866 hizo furor y colectó grandes utilidades en los Estados Unidos; recorrió siempre entre el universal aplauso otras naciones de América, y en la mañana del 29 de Diciembre de 1874, Adelaida Ristori, después de haber sufrido un descarrilamiento de mal presagio en el Ferrocarril de Veracruz, hizo su entrada en nuestra Capital, al frente de su Compañía así formada: Giuseppina Stefani, Zaira Boyer, Virginia Casati, Giulia Maieroni, Carmelita Rossignoli, Graziosa Glech, María Bergonzoni, Amalia y Stella Ristori, Eduardo Maieroni, Giacomo Glech, Alberto Aleotti, Pompeo Viscardi, Cesare Ristori, Tommaso Bellesi, Napoleone Mazzidolfi, Gaspare Scheggi, Pao-

lo Ninfa Priuli, Marco Piazza, Vittorio Stefani, Francesco Verdi, Onorato Mariani, Federico Verzura, Mario Maieroni.—*Jefe Director de escena*, Cesare Ristori; *segundo Director*, Napoleone Mazzidolfi; *Administrador*, Luis Troiani; *Cajero*, Nino de Andreis; *Agente*, J. Tessero.

Esta compañía traía consigo las decoraciones necesarias, pintadas por Venier, Recanatani, Bazzani, Geani, Malagoli, Coliva, Ceccato, y Azoleno, escenógrafos de Nápoles, Venecia, Roma, Florencia, Bolonia y Turin. El vestuario era obra de Moreau y C^a, de París, Sartori de Florencia y Ascoli de Roma. Los precios de abono por veinte funciones fueron, en palcos, *doscientos cuarenta pesos* y en luneta, *treinta y dos*; los eventuales, en palcos, *diez y ocho* y en lunetas *dos*.

La primera función de abono en el Gran Teatro Nacional, se dió en la noche del jueves 31 de Diciembre de 1874 con *Medea*, tragedia en tres actos, de Ernesto Legouvé, traducida en versos italianos por José Montanelli.

Sería tanto como ofender á mis lectores detenerme en ponderar los méritos de aquella sublime artista, de reputación universal. Su talento inmenso y variado no guardó analogía con el de la Rachel celebrada, á la cual tanto se quiso oponerla; la actriz italiana tuvo tanta vivacidad y expansión, como concentración y reposo la francesa. Dotada, sobre todo, de una admirable flexibilidad, era igualmente capaz de brillar y distinguirse en la tragedia, en el drama, en la comedia y aun en el sainete, facilidades que nunca tuvo la trágica francesa. En México hizo admirar en *Pia di Tolomei*, de Carlos Marengo; en *Judith*, de Pablo Giacometti; en *Maria Estuardo*, de Schiller, traducida por F. Maffei; en *Isabel Reina de Inglaterra*, de P. Giacometti; en *Angelo, tirano de Padua*, de Víctor Hugo, y en *Fedra*, de Racine, traducidas por Dall'Ongaro; en *Norma*, de Loumet; en *Deborah*, de F. Mosenthal, traducida por Gaetano Cerri; en *Renata de Francia, ó la noche de San Bartolomé*, de Giacometti; en *Maria Juana ó la Familia del Borrachón*; en *Maria Antonieta*, de Giacometti; *Sor Teresa*, de Luis Comolletti; *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, traducida por Pablo Ferrari; *Macbeth*, de Shakespeare, traducción de G. Carcano; *Los locos fingidos*, comedia de Consenza, y *Juana la loca ó la locura de amor*, de Tamayo y Baus, traducida por Dall'Ongaro.

En *Medea* el público quedó asombrado con sólo ver presentarse á la sublime artista en escena, porque la Ristori poseía, como pocas actrices, un talento particular para imprimir en todo momento á su figura, actitudes dignas de ser trasladadas al lienzo por maestros pinceles; cada escena, ó mejor dicho, cada instante de cualquier escena era un cuadro, y más de una vez el espectador artista se distraía del argumento para admirar la agrupación de las figuras correcta y naturalmente preparadas; su elocuente gesticulación, sus admirables tran-

siciones, su voz preciosamente melodiosa, tierna unas veces como arrullo de paloma, vibrante y estentórea otras, como rugido de león, causaban verdaderos estremecimientos y suspendían todo dominio de sí mismos en sus oyentes. En *Isabel Reina de Inglaterra*, el público caminaba de sorpresa en sorpresa, en un creciente maravilloso; obra especialmente escrita para ella por Giacometti, que la formó, como otras varias, siguiendo las indicaciones de la insigne trágica, muy instruída en historia y en literatura, se prestaba como *Judith*, como *Maria Antonieta*, como *Renata*, que pertenecían á ese número, á que la Ristori brillase hasta la sublimidad en situaciones por ella imaginadas y concebidas.

Se ha notado que esas piezas teatrales no pasan de una sucesión de cuadros sin verdadera trama dramática, sin sujeción, casi, á las reglas de los preceptistas: así es, en efecto, pero hechas—repito—bajo sus indicaciones, bajo su dictado pudiéramos decir, en ninguna como en ellas era más admirable la artista, porque por su voluntad la obra era una especie de monólogo en que los demás personajes apenas hablaban lo necesario, no para brillar ellos, sino para hacerla brillar á ella en lo que vulgar pero gráficamente se llama *una aria coreada*, en que todas las miradas, todas las emociones, todos los asombros eran para ella y sólo para ella. *Isabel de Inglaterra* como *Maria Antonieta*, compendiaban la vida entera de la protagonista, para que la trágica pudiera admirar en aquellos cambios de fisonomía, de voz y de manera de ser, que la actriz realizaba con un realismo y una verdad sorprendentemente maravillosos y casi únicos en ella.

Pero detengámonos en nuestras indicaciones, que podrían arrastrarnos á un estudio que no nos creemos capaces de hacer, y narremos como humildísimos cronistas que somos. Para quienes no hayan visto ni oído á la Ristori, cuanto pudiera yo decir resultaría insuficiente; para quienes la admiraron y aplaudieron, mis elogios resultarán pálidos ante sus recuerdos imborrables. Por desgracia, y con tristeza lo digo, los segundos son infinitamente más reducidos en número que los primeros. Adelaida Ristori tuvo en México muy poco público, y, á no haber sido por *Maria Antonieta*, quizás no hubiese cubierto los gastos de su estancia en nuestra Capital, durante el brevísimo tiempo de cuarenta y cuatro días que estuvo en ella, de la mañana del 29 de Diciembre de 1874 á la noche del 10 de Febrero de 1875.

Por interesadas miras políticas se ha dicho y repetido con atroz ofensa para el público mexicano, que Adelaida Ristori trabajó en nuestro Nacional casi á teatro vacío, porque los indoctos moradores de la ciudad prefirieron á la sublimidad del arte las payasadas de una Compañía de acróbatas y titiriteros, en la que lo más notable fué una trailla de *perros sabios*. Esto es enteramente falso, por lo que toca á

la sociedad educada é inteligente de la Capital, única que es capaz de comprender y admirar lo verdaderamente artístico y que dispone de recursos para sostener cierta especie de espectáculos, caros de por sí.

Antes de que la Ristori diese su primera función en 31 de Diciembre de 1874, llevaba dadas tres la Gran Compañía Martinetti-Davis en el Teatro Principal, verdaderamente buena en su género, con su notable niño equilibrista, su sorprendente japonés, sus bellas gimnastas y bailarinas, sus atrocidades, como la de *el salto por la vida*, sus pantomimas de *Yoko ó el Mono del Brasil*, de muy antiguo conocida en México, *Los Brigantes*, *Las Modistas de París*, y otras, y sus ochos perros amaestrados por Davis, á cuya voz y mando ejecutaban actos sorprendentes en que se admiraban la paciencia del profesor y el perfeccionado instinto de los discípulos. En todas y cada una de las funciones de Martinetti-Davis, el Principal efectivamente tuvo llenos casi generales y más de una noche las localidades se agotaron.

Cierto es también que cuando esa Compañía creyó conveniente retirarse, con los mismos llenos dió, á partir del 29 de Enero, sus funciones Mr. Nathans, importador del *Blac-Crook*, especie de pieza de magia ó de grande espectáculo, que fué aquí pálido trasunto de la que con éxito colosal habíase presentado en los Estados Unidos: "las decoraciones de final de acto—decía un periódico—son de un gran efecto por la combinación de luces de colores cayendo sobre los fantásticos trajes de las bailarinas, en número de diez y seis ó veinte, muy aplaudidas en los pasos de *En recuerdo de las Flores* y la *Marcha de las Amazonas*; la decoración del final del cuarto acto, al bajar la Reina de las hadas entre nubes y lluvia de oro, pareció primorosa: especial mención merece la habilidad de Carlos Dobson, que hacía diablura y media con dos bandolas, arrojándolas al aire una después de otra en el curso de las piezas que tocaba, sin perder por ello el compás y la ilación de la pieza; Mr. Lorenzon en el tímpano, era igualmente notable. En el *Talismán Mágico*, que se representó días después, los lujosos trajes, las vistosas decoraciones, los sorprendentes efectos de luz y la belleza de las bailarinas Paulina Barreta, Hattie Kelsey, Katy Bell, Nellie y Lizzie, con numeroso acompañamiento, transportaban al espectador á un palacio de hadas. El espectáculo resultaba verdaderamente bello y tanto como hasta entonces no se había visto en México.

Es verdad también, por último, y para no alargar mucho esta breve mención de esas diversiones, que á mediados de Enero el empresario Aymar abrió de nuevo su circo en Santo Domingo, con numerosa concurrencia; pero el público de ninguno de esos espectáculos era el que hubiese podido concurrir al muy artístico de la Ristori.

En las funciones de ésta sólo se habían visto las familias García Tueruel, Echeverría, Rosas, Guzmán, Cisneros y alguna otra igualmente distinguida. ¿Dónde se encontraban las demás?

Dije al final del anterior capítulo, que á consecuencia de la publicación de las leyes reglamentarias de los preceptos de la Reforma, en 14 de Diciembre de 1874, la institución de las Hermanas de la Caridad se vió obligada á cesar en sus funciones en la forma prevenida por sus reglas, y á dejar todos aquellos establecimientos que hasta allí habían tenido á su cargo ó cuidado. No pudiendo, como queda dicho, ejercer su misión según las prescripciones de su instituto, las Hermanas de la Caridad se prepararon á salir para Europa y los Estados Unidos, causando esta determinación una alarma y un escándalo difíciles de pintar, en los círculos francamente conservadores ó sinceramente católicos. Eco, ó mejor quizás, voz de estas alarmas, hízose el bello sexo, ya de la Capital, ya de los Estados, lanzando á la publicidad exposiciones y protestas enérgica y duramente redactadas. Fué la primera de éstas la suscrita por las principales señoras de Guanajuato, fechada el 2 de Enero de 1874 en dicha población: iba dirigida á los diputados del Congreso general, y como una muestra del tono extremadamente enérgico y decididamente resuelto, copio el párrafo que sigue: "Habéis formado eso que se llama ley, á despecho del pueblo á quien mandabais apalea por vuestros esbirros y temblando ante las masas á quienes hacíais volver en las calles las bocas de los cañones; os habéis declarado Congreso de chacales y de tigres al anunciar que excluís el sentimiento de vuestras deliberaciones, y habéis insultado villanamente á nuestro sexo, aullando por el insulso bufón de vuestra Asamblea, que no supimos lo que firmamos al protestar contra la tolerancia religiosa, como si nosotras habláramos y escribiéramos con el cerebro trastornado por los vapores de la embriaguez y de la crápula. . . . El que combate á las Hijas de la Caridad, débiles y buenas, y las vilipendia, escupe y calumnia, es un cobarde esclavo. . . . Y ya que el miedo ha convertido en cuákeros á los hombres que aun se llaman católicos, nosotras, las mujeres, protestamos desobedecer, en cuanto nos sea posible, los edictos de los modernos Julianos. . . . protestamos no reconocer más por hermanos, ni por esposos, ni aun por hijos, á todos los que han tenido participio en la inicua expatriación de las Hermanas, y protestamos, finalmente, sufrir con gusto y con valor las persecuciones que esta franca manifestación nos atraiga."

Una mala ó torcida interpretación que se dió á un paso del Juez 6º de lo Criminal, que en la noche del 11 de Enero se presentó en la casa central de las Hermanas de la Caridad, á ordenarles que disolvieran su comunidad presidida por Sor María Ville, respetable anciana, acabó de exaltar los ánimos en ciertas familias, y en 20 del